- Las discordancias que se identifican entre fuentes de información de las diferentes instituciones y los resultados erróneos o indeterminados.
- Las inconsistencias y los errores que se presentan en los registros institucionales de los nombres y los apellidos de las víctimas.
- La documentación de los elementos probatorios es deficiente.
- La pérdida de parte o la totalidad de las prendas de vestir.
- Las familias extensas con alto nivel de consanguineidad.
- Las condiciones climáticas, la acidez del suelo y la ubicación de las tumbas en zonas inundables.



Enterrar⁵¹

«Para nosotros el entierro final no empezó el 11 de noviembre», esta afirmación de José de la Cruz Valencia llama la atención sobre el intenso trabajo que se emprende para hacer realidad el retorno de los restos de los familiares asesinados y poder realizar todo el ritual con plena participación de las familias, las comunidades rurales y las instituciones. El entierro involucra a toda la comunidad del municipio de Bojayá y los municipios vecinos. Cada aspecto es detallado desde las cocinas comunitarias, las diferentes

instituciones de la cabecera municipal, el transporte de las comunidades rurales, los familiares que llegan de diferentes lugares del país, el hospedaje. El cuidado pone en evidencia la magnitud de este encuentro entre vivos y muertos. Ritualizar y dignificar el tratamiento de los familiares asesinados en la masacre es un trabajo espiritual y simbólico que exige un intenso trabajo colectivo, comunitario y de articulación institucional.

El regreso

En una caravana de botes acondicionados para transportar los 102 **cajones** con los cuerpos de los familiares asesinados, la comunidad emprende el recibimiento de sus seres queridos tras estar más de dos años en laboratorios del Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses en

Medellín e Itagüí. Navegar las aguas del río Atrato para visitar a sus vecinos de Vigía del Fuerte y decirles nuevamente «¡gracias!» es el primer paso del recorrido de los muertos tras su llegada al territorio. ⁵² Agradecen el refugio que brinda esta comunidad a las personas sobrevivientes y heridas

⁵¹ Algunos apartes de este texto hacen parte del artículo «Dignificar la vida y la muerte: entierro colectivo en medio de persistencia de la guerra de Bojayá Colombia» publicado en el boletín trimestral *Forum* del Latin American Studies Asociation (Lasa) (Riaño *et al.*, 2020).

⁵² Para consultar los lugares de exhumación y recorrido de nuestros muertos ver el Anexo 2.

de aquel mayo de 2002 cuando los combates se mantenían aún después de la explosión de uno de los cilindros bomba.

Después de 17 años de sufrir uno de los crímenes más atroces del conflicto armado colombiano, las familias y comunidades afros e indígenas de Bojayá reciben, el 11 de noviembre de 2019, los cuerpos de sus seres queridos asesinados y masacrados entre abril y mayo de 2002.

Así, recibir, nombrar, velar, recorrer, enterrar y acompañar durante día y noche, entre el 11 y el 30 de noviembre, a las 102 personas, entre ellas 49 niñas y niños, y 9 bebés que mueren en el vientre de sus madres, es insistir en las premisas culturales de rencuentro, ritual y canto que son necesarias para que «las víctimas de Bojayá descansen en paz».

Volver al lugar donde encontraron la muerte

Después del agradecimiento al pueblo vigideño, vivos y muertos cruzan a la otra orilla del río Atrato hacia el antiguo pueblo de Bellavista. Por primera vez los cuerpos vuelven al lugar donde encontraron la muerte. Los integrantes del Comité van nombrando a cada una de las personas. Ante cada llamado, los familiares se acercan y reciben a su ser querido. Poco a poco se forma una gran

procesión encabezada por las **cantadoras**. Ellas entonan los cantos fúnebres para acompañar la entrada de los muertos a la iglesia. Familias enteras lloran en el camino a la iglesia, incluso aquellos que no habían nacido en el 2002 y que hoy acompañan el duelo colectivo donde el pueblo salda una deuda moral y espiritual con sus muertos.



Imágen de noviembre 12 de 2019 en Bellavista viejo, cuando familiares entran con los cuerpos de las víctimas mortales de la masacre por primera vez a la iglesia San Pablo Apóstol, donde murieron en 2002. Foto: Natalia Ouiceno.

Al interior de la iglesia, en un círculo donde los familiares sostienen a sus seres queridos en pequeños cajones, el canto retumba con fuerza. Una de las mujeres del pueblo toma el micrófono y en homenaje a los muertos caídos en la masacre reafirma con su grito: «Ni una gota de sangre más en Bojayá. ¡Queremos la paz!». Estas palabras sintetizan el encuentro entre el pasado y el presente y el cuidadoso trabajo de dignificación de su historia. Así lo reafirma una de las familiares cuando dice que a pesar del dolor que se revive, ella siente tranquilidad porque «por fin ellos tendrán su casa propia».

Los cuerpos y sus familiares salen solemnemente de la iglesia con los cantos de las alabadoras para volver a embarcarse rumbo al pueblo nuevo de Bellavista, el lugar donde la mayoría estuvo durante 14 años enterrados y mezclados en bolsas

y sin ser identificados de manera apropiada. Al llegar, se crea una calle de honor para que los cuerpos entren al pueblo y se realice un acto de recibimiento desde los diferentes credos que se profesan hoy en la comunidad. Mientras tanto, en el puerto un grupo de 24 cuerpos de personas oriundas de Pogue son embarcadas rumbo al río Bojayá para tener una noche de velorio con toda su comunidad. Este viaje rememora el paseo por el pueblo que suelen hacer los muertos cuando culmina su velorio; un trabajo ritual de recorrer el territorio, entrar a los lugares más frecuentados y visitar las casas de las personas queridas para que la persona muerta pueda descansar en paz. Al paso por cada comunidad del río Bojayá, las personas esperan en la orilla del río con banderas blancas y mensajes en honor a los muertos, así como de clamor por la paz.

Primer velorio en Pogue



Cajones con los cuerpos de las víctimas embarcados por el río Bojayá. Noviembre 11, 2019. Foto: Natalia Quiceno.

El primer velorio se realiza a 24 de las 102 personas en el corregimiento de Pogue la noche del 11 de noviembre. Al llegar a la comunidad de Pogue, el canto de las **cantadoras** se une al de los niños, las niñas y los jóvenes que esperan en el puerto. En la oscuridad se desembarca uno a uno los cajones. Grupos de mujeres elaboran más de quinientos panes para el velorio y acondicionan una olla comunitaria para alimentar a todo el pueblo. Otras personas construyen una gran ramada para el altar mientras las personas sabedoras, expertos y expertas en elaboración de tumbas y altares, adecúan y decoran un altar para

12 cajones cafés que corresponden a las personas adultas y otro para los 12 cajones blancos que corresponden a los niños y las niñas.

Niños, niñas y jóvenes del Semillero de Cantadores de Pogue cantan frente a los cajones blancos de aquellos niños y aquellas niñas que hoy podrían estar recibiendo los conocimientos de sus **ancestros** y manteniendo viva la fuerza de su pueblo. En 2002 en Bojayá fueron asesinados 49 niños y niñas y 9 ni siquiera alcanzaron a nacer. Sus familias les hacen el duelo como a cualquiera de los niños y las niñas que fueron asesinados.



Los niños, las niñas y los jóvenes del Semillero de Alabaos de Pogue cantan frente del altar que se prepara en Pogue el 11 de noviembre. 2019. Foto: Natalia Quiceno.

⁵³ Para más información consultar el apartado del texto «Identificar e individualización».

El 12 de noviembre, los 24 cajones con los restos de las víctimas oriundas de Pogue emprenden nuevamente su viaje por el río Bojayá para volver al pueblo de Bellavista nuevo y rencontrarse con los otros muertos. El velorio en Pogue termina a las seis de la mañana y se espera que a las ocho de la mañana se realice el recorrido de los cuerpos por las diferentes calles del pueblo. Este momento es la despedida final del territorio y la comunidad donde habían sido **ombligados**. Sin embargo, la lluvia recibe ese nuevo día como en un gesto que, como recuerda Saulo Enrique Mosquera (q. e. p. d.), indica a los vivos que *«los muertos no se querían ir»*. En una pequeña tregua con las

cantadoras adelante inicia una larga procesión por todo el pueblo. Este momento aviva el dolor de los familiares, activa la memoria de la vida de sus seres queridos fallecidos y se convierte en una oportunidad para hacer una pausa en los lugares que rememoran sus historias para compartir anécdotas y recordarlos en vida. Al terminar este recorrido los botes están listos para embarcarse nuevamente, las mujeres han hecho pasteles de arroz para el camino y bolsas llenas de pan que quedan del velorio se reparten en cada comunidad del río Bojayá donde se detienen para recibir mensajes de aliento e invitar a las personas al velorio y el entierro del 17 y 18 de noviembre.

Entrega individualizada de información por familias extensas

De regreso a Bellavista nuevo, los ataúdes se ubican en el auditorio bajo la custodia permanente del Cristo Mutilado de Bojayá, la Guardia Negra y los custodios del CTI de la Fiscalía General de la Nación. Diariamente, entre los días 12 y 17 de noviembre, algunos de los cuerpos son llevados al Centro Infantil para las sesiones de información técnico-científica donde la Fiscalía General de la Nación, el Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses y Equitas entregan a cada familia la información sobre las circunstancias de muerte, los traumatismos que sufren los cuerpos, el proceso y los resultados de los análisis forenses de los cuerpos y los documentos para firmar el acta de su entrega.⁵⁴ Las familias, quienes a lo largo de todo este proceso aportan su ADN, los árboles genealógicos, fotos, historias, documentos y datos sobre dónde se encontraban sus familiares en la iglesia el día de la masacre, escuchan, hacen preguntas y preparan mensajes que dispondrán dentro de cada **cajón** antes de su cierre. Mientras tanto profesionales de Equitas escuchan y asesoran a familiares e integrantes del Comité que lo necesitan, y profesionales psicosociales de la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas se encargan del cuidado emocional y preparación logística del momento de entrega. En estas sesiones, reflexiona más tarde uno de los integrantes del Comité, se logran resolver algunas de las muchas dudas que las familias tenían a la vez que se pone en evidencia una vez más que la exhumación y el entierro en el 2002 y 2004 estuvieron llenos de inconsistencias.

El encuentro con la información y con preguntas que siguen sin respuesta cimenta el dolor o la

⁵⁴ Para más información consultar el Anexo 3.

rabia. «¿Dónde apareció la parte del cuerpo que tienen?», pregunta la hermana de una de las víctimas de quien ese día solo se entrega un hueso. A la explicación de la Fiscalía General de la Nación y el Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses, la familia responde con otras preguntas, «¿van a continuar con la búsqueda?, ¿es este el único caso o hay varios casos?». Los familiares hablan entre sí, recuerdan lo que vieron y escucharon, y el integrante del Comité que los acompaña reitera a las instituciones la expectativa de las familias de que se acepten los errores cometidos y se comprometan a continuar la búsqueda. Para esta familia y la comunidad no hay cierre, la mujer asesinada ahora está desaparecida.

Cantadoras y rezanderos/as se ponen a disposición de las familias y sus necesidades de acompañamiento con el dolor generado por las explicaciones brindadas, así como para el momento tan difícil en que se abren los cajones. En consulta con las familias cantan, rezan y

envuelven cuidadosamente los restos de los cuerpos de las personas adultas en una tela blanca y los de los niños y las niñas en tela de colores. Adicionalmente, a las personas adultas se les envuelve con un lazo con siete nudos que en palabras de las personas sabedoras simbolizan los siete pies bajo la tierra y los siete escalones al reino de dios. Un ángel de cerámica representa a aquellos seres queridos que perdieron la vida en la masacre y de quienes no quedan restos para despedir. Los **angelitos** que mueren en el vientre de su madre o nacen en el momento de la masacre y que aunque no son reconocidos por el Estado colombiano como víctimas directas tienen un lugar en todo el proceso de entrega individualizada y en el ritual del entierro final y a cada uno de ellos se les pone un ángel. Con la ubicación de mensajes y dibujos preparados por los familiares sobre telas blancas llega el cierre del cofre y el llanto, los abrazos y la tristeza profunda de jóvenes y personas adultas se entrelaza con el canto y la oración.

Asamblea

Después de cuatro días intensos de entrega a cada una de las familias es necesario hacer un último encuentro de la Asamblea de Familiares de Bojayá, el último de muchos que se dieron desde 2016. Este encuentro tiene por objetivo socializar los llamados *«casos especiales»*: la fosa 75, las personas desaparecidas, los misceláneos y el niño entre cuatro y ocho años del que no se logra establecer la identidad. Todos estos casos quedan abiertos y exigen la continuación del trabajo colectivo, así como el compromiso institucional.

La asamblea se realiza en el salón parroquial de la iglesia de Bellavista nuevo, donde el telón

«Nuestras víctimas, 2 de mayo 2002, Bellavista, Bojayá, Chocó»—bordado desde el año 2003 por las integrantes del Grupo de Mujeres Artesanas Guayacán en colaboración con el grupo de tejedoras de Artesanías Choibá de Quibdó— es testigo de todo el proceso y continúa ahí a la espera de acompañar en otros espacios los rituales que seguirían entre el 17 y el 26 de noviembre. El encuentro inicia con la oración al **Cristo Mutilado de Bojayá** y una oración por parte de la comunidad cristiana. Cada familia y representantes de instituciones y comunidades se presentan para dar apertura a los informes, no sin antes hacer un minuto de silencio

seguido por el canto de **alabao** de las **alabadoras de Pogue** y Puerto Conto.

Yúber Palacios recapitula el proceso. Recuerda que todos están ahí por un trabajo realizado colectivamente desde 2014.

Nace de una duda. De la duda de los familiares. Reclamamos informes para aclarar las dudas sobre las diligencias judiciales realizadas en 2002 y 2004. La solicitud solo fue acogida cuando las dudas "se escalaron a La Habana". Fue el 9 de noviembre de 2016 cuando reciben el informe de esas diligencias, se analiza con el apoyo de Equitas y se llama a que las instituciones den un informe detallado a la comunidad ese mismo año. Fue en ese momento cuando las dudas se confirmaron y aparecieron otras nuevas. Apareció la fosa 75 donde estaban mezclados treinta cuerpos de las víctimas de la masacre, se descubre que la niña Yorlenci Rivas Mena se encontraba en un laboratorio en Bogotá, que no se tenía información sobre algunos cuerpos por lo tanto eran personas desaparecidas, y que muchos otros estaban enterrados en lugares diferentes al que sus familiares imaginaban. Este recuento reafirmaba una vez más que a pesar de que exhumar rompía nuestra tradición, lo hicimos apelando a razones justas. Después de un detallado informe de la funcionaria del Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses⁵⁵ se deja evidencia del trabajo que aún resta por hacer para lograr identificar y encontrar a todas las víctimas de la masacre. Como lo explica la funcionaria, las herramientas con las que la ciencia forense cuenta hasta el presente les permiten llegar hasta ahí, pero no descartan la posibilidad de avanzar en un futuro cuando nuevas herramientas de identificación estén a su alcance.

Hacer el balance, recibir la información técnica y científica, no es un asunto sencillo. Los cuerpos de familiares agotados por el calor son reactivados y fortalecidos con un relato del gran escritor Miguel A. Caicedo, recitado por el padre Sterlin Londoño.

La asamblea cierra su sesión con el informe del equipo de Equitas sobre su proceso de acompañamiento y la apertura del diálogo sobre lo que significa y lo que aprenden cada uno de los presentes de todo ese proceso. Yúber Palacios comparte su conclusión sobre la información que les es compartida y el balance:

Hoy hemos avanzado. Tomamos la decisión de que todos fueran entregados [incluso los no identificados]. Nosotros no estamos acostumbrados a tenerlos tanto tiempo sin enterrar. Hoy todos los asumimos como propios y como nuestros más allá de las inconsistencias que pueda dejar el proceso. A medida que avance la ciencia es necesario comprometerse a seguir indagando y esclareciendo.

⁵⁵ Para más información consultar el apartado del texto «Identificar e individualización».

Acto público

La jornada del 17 de noviembre, día en el que se realiza el acto público, comienza con la celebración de una misa eucarística y la presentación de una obra de teatro que sus participantes pidieron no aplaudir.



Imagen de la presentación de la obra de teatro *Honrar los sagrados espíritus* a cargo del grupo de teatro de jóvenes de Bellavista durante el evento público desarrollado en el marco de la entrega individualizada y el entierro final. Bellavista. Noviembre 17, 2019. Foto: Natalia Quiceno.

La obra de teatro de jóvenes de Bellavista presenta un recorrido por los sucesos y los mensajes de las conmemoraciones realizadas cada 2 de mayo durante 17 años. Ante la mirada conmovida de la audiencia, la obra no recibe aplausos⁵⁶ y recalca desde las voces de los más jóvenes que «*el tiempo pasa y la historia se repite*».

En el acto se espera la participación del presidente Iván Duque Márquez o de delegados del Gobierno. Sin embargo, el presidente no llega, ni emite ningún comunicado o explicación sustanciada a las comunidades afros, indígenas, familias y Comité que los esperan. «Craso error que el Gobierno no asista a uno de los actos más significativos de reparación colectiva del país y que revive una de las peores masacres del conflicto colombiano», señala uno de los líderes del Comité.

Como antesala del acto público, varias organizaciones étnico-territoriales y la Diócesis de Quibdó presentan la «Carta abierta al

presidente de la República sobre el inminente riesgo de una masacre en el municipio de Bojayá».

Paso seguido se lleva a cabo el acto que acuerdan el Comité y las familias para dialogar y negociar con el Gobierno. Uno de los representantes del Comité lee un comunicado que enfatiza los asuntos que quedan pendientes: el manto de impunidad que persiste sobre la masacre de 2002 y la respuesta a la violencia sistemática y generalizada que continúan viviendo los pueblos afros e indígenas del Atrato; el deber de continuar los procesos de búsqueda e **identificación** de las personas que quedan en condición de desaparecidas; la implementación de planes de reparación colectiva, y el reconocimiento como personas a los bebés en estado de gestación que murieron con la explosión del cilindro bomba.

Con los cantos del Semillero de Cantadores de Pogue, niños, niñas y jóvenes de Pogue entonan públicamente sus exigencias y homenaje a los muertos que hoy son sus **ancestros.**

Velorio

En la noche del 17 de noviembre, los cajones se llevan al altar que se prepara en el polideportivo para el velorio colectivo. Un velorio para 102 personas y con más de mil familiares requiere de mucha guía e imaginación de quienes poseen el saber ancestral sobre las prácticas y los rituales mortuorios. Entre las ocho de la noche del 17 y las

seis de la mañana del 18, rezanderos/as y cantadoras invocan cinco rosarios y cantan, según la edad de las víctimas, alabaos y gualíes. En las graderías, algunas familias llegan equipadas con cobijas y mantas para pasar la noche. Otras se sientan detrás de las cantadoras, que cantan y rezan por más de diez horas de frente

La única persona que hizo caso omiso de la solicitud de los actores y actrices sobre no recibir aplausos fue el entonces director del Centro Nacional de Memoria Histórica, Darío Acevedo, reconocido por generar diversas controversias respecto a la memoria histórica y especialmente por su postura negacionista del conflicto armado colombiano. Este gesto bochornoso fue un poderoso símbolo de la forma como las instituciones del Estado muchas veces están presentes, pero no escuchan ni reconocen las demandas de las comunidades locales.

a las filas y filas de cajones, cuidadosamente iluminados por las velas que sobre cada uno de ellos reposa. Después del primer rezo de las ocho de la noche, al menos diez mesas con juegos de dominó y cartas empiezan a ser utilizadas. Hacia

las dos y media de la mañana, un grupo de cantadoras cambia sus vestidos de luto por otros de colores amarillos y rosados y se preparan para la danza y el juego de los **chigualos**.



Altar para el velorio colectivo con los 102 cajones con los cuerpos de las víctimas de la masacre de Bojayá. Noviembre 17, 2019. Foto: Pilar Riaño.

Momento del diálogo ecuménico

La noche continúa con los rezos, los cantos y también el alcohol que da la fuerza necesaria para resistir el acompañamiento hasta el amanecer. El altar colectivo, el lugar del canto, el rezo y la danza de **gualíes**, las mesas de juego y los lugares de conversación o descanso son una unidad, aclara el padre Sterlin Londoño; son un espacio de duelo

ritual, sagrado, familiar y relacional. Familias y Comité abren espacio también para el ritual cristiano evangélico que acoge la fe de varias familias. El velorio como una noche larga de acompañamiento prepara el momento siguiente: el entierro.

Entierro

El entierro colectivo representado, en medios y páginas institucionales, como la fase final de un duelo postergado por más de 17 años es por el contrario para familiares y Comité una experiencia colectiva mediante la que cierran y abren nuevos ciclos en su deber de cuidar y reparar la relación con los muertos alterada por el conflicto armado.

Enterrar a los muertos asesinados y masacrados en el 2002, tras tantos años de espera, se experimenta como «un segundo gran dolor», señala Saulo Enrique Mosquera (q. e. p. d.). La mañana del 18 comienza con una misa celebrada por varios representantes de la Diócesis de Quibdó. El padre Antún Ramos, quien vivió la masacre junto a la comunidad, cierra el acto litúrgico señalando que «al final si descansan los muertos, también descansamos los vivos». Con el Cristo Mutilado de Bojayá al frente, inicia la procesión que acompaña a los muertos a la jornada de entierro que dura aproximadamente ocho horas ininterrumpidas. La llegada al lugar de disposición final es precedida por rituales de canto y armonización que realizan los jaibanás.

El entierro es por grupos para permitir el acompañamiento en el dolor y posibilitar que cada familia tenga el tiempo para decir algunas palabras, permanecer en silencio o dedicar canciones a quienes se están enterrando. Como

dice un familiar, palabras, rezos, cantos y canciones son necesarios para «poder llorar y sentir más». La jornada culmina a las ocho de la noche con el entierro de un niño entre cuatro y ocho años al que no es posible establecer su identidad y la disposición de dos ataúdes con las partes y fragmentos no identificados en la última bóveda del Mausoleo que dice «De la mano de Dios y la ayuda de la ciencia los identificaremos "Víctimas por identificar"».

Mientras algunos medios de comunicación retratan el entierro del niño como «el niño de Bojayá al que ningún familiar lloró», la perspectiva de la comunidad y los/as funcionarios/as que acompañan todo el proceso es diferente. Al cerrar esta última bóveda un poco más allá de las ocho de la noche, la expresión de tristeza que embarga a todos los presentes no se hace esperar. Aunque la mayoría de las familias se iban retirando a medida que enterraban sus familiares, muchas personas incluidos líderes, lideresas, acompañantes, funcionarios y funcionarias aún permanecen en el lugar y este momento significa para algunos el cierre de su labor. Este niño no solo es adoptado por todo el pueblo bojayaseño como dijo uno de los líderes del Comité, ⁵⁷ sino por cada uno de los funcionarios y las funcionarias que acompaña el proceso y siente abierta la responsabilidad de aportar con su trabajo al esclarecimiento de lo que sucedió en Bojayá.

⁵⁷ Consultar el apartado del texto «Contar desde adentro: propósito y perspectiva de la sistematización».

Última novena

Esa misma noche se da inicio a las novenas. En las ocho noches de novena se realizan rezos y cantos en la intimidad que recupera el pueblo cuando instituciones y periodistas salen de Bellavista. Cumpliendo con el deber de que el muerto nunca está solo, cada noche amanecen algunos familiares e integrantes de comunidades rurales cercanas. Aunque el cansancio ya diezma la resistencia de muchos, los chistes, las historias y el compartir que caracteriza estos encuentros recargan de fuerza a los participantes. La quinta novena es la excepción. Las denuncias realizadas a muchas voces en días anteriores se materializan sin cerrar este ciclo ritual. El 21 de noviembre de 2019 se dan enfrentamientos entre grupos guerrilleros y paramilitares en la zona rural de Bojayá y un joven, de la comunidad de Carrillo en el río Napipí, que habitaba en Bellavista, es asesinado. La novena de las víctimas de la masacre se lleva a cabo de manera simultánea al velorio de este joven en el barrio vecino. El miedo, el dolor, la confusión y la incertidumbre se reflejan en los rostros de quienes acompañan. Mientras semillas de paz se siguen regando para insistir en los diálogos y en la implementación de los acuerdos de paz logrados en La Habana, la avanzada de nuevos grupos paramilitares y guerrilleros exponen a las comunidades a confinamientos, reclutamientos, asesinatos y desplazamientos forzados. La comunidad persiste en cerrar los ciclos de la muerte violenta recuperando la dignidad de vivos y muertos, pero el conflicto armado pervive en su territorio.

Una tumba de cuatro caras se construye el 26 de noviembre en el centro del salón parroquial de Bellavista. Un gran velón, una mariposa negra como símbolo del luto y un vaso con agua con la planta de escubilla son el eje de las cuatro caras decoradas con coronas de flores moradas y blancas y botellas de cerveza que hacen las veces de candelabros. Al fondo de la tumba está el **Cristo Mutilado de Bojayá** y el telón bordado en el 2003 con los nombres de las víctimas. Telón y Cristo Mutilado son testigos materiales del acompañamiento de todo el proceso forense hasta levantar la tumba.

El levantamiento de tumba es uno de los momentos más fuertes del ritual mortuorio pues se trata de la última despedida a los seres queridos. Una despedida contundente que marca el inicio de una nueva relación. Las almas de los muertos se van a descansar después del trabajo ritual constante realizado por los vivos, mientras estos quedan «conformes» de haber saldado una deuda espiritual y de tener, por fin, un lugar digno para su descanso. Ese lugar que hoy representa el mausoleo en el cementerio del pueblo de Bellavista es una prueba material de la dimensión de la masacre de 2002 así como el espacio donde las familias, amigos y vecinos seguirán honrando a sus muertos, podrán llevarles flores y mantendrán viva su memoria. Como lo recuerda Saulo Enrique Mosquera (q. e. p. d.), ellos vuelven al territorio para ser despedidos y enterrados, pero también para renacer. Con la tierra que acompaña sus cuerpos en el momento de la exhumación se sembrarán árboles; una nueva ombligada para que sean renacientes en su territorio, para dar fuerza a los vivos en la lucha cotidiana contra las violencias que persisten y amenazan la dignidad de su pueblo.

La mortuoria se hace en comunidad

Aquí quien entierra es la comunidad mientras la familia hace el duelo. El entierro es un trabajo comunitario.

Yúber Palacios

El que llega a una novena o un velorio se atiende como cualquiera de la familia.

José de la Cruz Valencia

La familia para las personas atrateñas tiene un sentido de hermandad que va más allá de los vínculos sanguíneos. Uno de los puntos que defiende el Comité por los Derechos de las Víctimas es el reconocimiento de la necesidad de tener las condiciones adecuadas para recibir a todos los que quisieran llegar a acompañar la despedida ritual de los muertos de la masacre, pero también de garantizar que los familiares de las víctimas que no eran de primer y segundo grado de parentesco -los que reconocía la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimaspuedan llegar a Bellavista para el ritual si así lo consideraban necesario. Esta insistencia implica choques y negociaciones con las instituciones, pero también la defensa de modos de trabajo, como el encuentro alrededor de los alimentos en ollas comunitarias, en total cinco en todo el pueblo durante los días de mayor afluencia de personas. Es entonces gestionando con más instituciones, negociando con quienes darían los recursos y estirando al máximo cada apoyo para que alcanzara; para que a todos se les ofreciera alimentación, y apoyo a todos los familiares.

Ese sentido comunitario de la muerte y los rituales necesarios para tratarla se sintetizan en la frase que dijo la señora Rosa Córdoba al lado de los cajones de su hijo y su madre a quienes habían recuperado de la iglesia, velado y enterrado en aquel 2002 en el pueblo de Pogue: «Yo ya sabía dónde los tenía. Pero los saqué para hacer el duelo colectivo».



Porque usted sabe que tiene su doliente y si se muere necesita que la gente de otra parte lo acompañe, porque cuando se le muere un doliente y no tiene personas pa' acompañarlo a usté', usted se encuentra muy triste, llora más que lo que puede llorar.

Belarmino Salas Palacios (q. e. p. d.)

Acompañar y cuidar son las acciones que sostienen el trabajo ritual de la **mortuoria**, un trabajo que es colectivo y se expresa en la forma como las comunidades bojayaseñas se congregan

alrededor de la muerte. Enfrentarse al proceso de exhumación, identificación y entierro implica volver sobre las heridas nunca cerradas y enfrentar por primera vez, en colectivo, desde un rencuentro